

Mario Briceño-Iragorry

Escritor-Maestro

(En el 10º aniversario de su muerte)

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

Cuarenta años largos —una vida— sirvió Mario Briceño-Iragorry a la cultura nacional y al civismo, con el trabajo de su bien cortada pluma.

Hombre de mucho pensar y de muy fino espíritu, su obra de escritor estaba llamada a ocupar puesto propio y sobresaliente, por ser fruto sazonado de su personalidad intelectual, de su acendrada dedicación y de aquella conciencia suya, siempre tan alerta a su deber de ciudadano, que jamás descuidó. Porque eso fue siempre para él su carrera de escritor: no pasatiempo, ni honesta vanidad, sino deber impostergable y muy serio; y tanto más irrenunciable cuanto las circunstancias, o el momento, por adverso que fuera, sintiese él que reclamaban su presencia.

Desde sus primeras páginas, todavía en años de juventud, pero ya de precoz madurez, lo que escribe es de tal contenido, y de tan lograda expresión, que más que promesa de un futuro escritor, aquellas páginas fueron credencial para de una vez incorporarse, a la par con todos, a las lides culturales y literarias del país.

Y en lapso de pocos años, luego de la publicación de los afinados libros *Horas* (1921) y *Ventanas en la noche* (1925), su nombre entra rápida y firmemente a situarse en puesto de vanguardia, en el

que, con holgura siempre en progreso, se mantendrá hasta su último día, cuando aún apretaba entre sus dedos aquella garbosa pluma que hasta en lo elegante de su rasgueo era digna del mejor calígrafo.

Briceño-Iragorry escribió siempre en prosa. No le conocí nunca otra actividad literaria. Y ¡qué buen prosista fue! En el cultivo de esa disciplina fue gradualmente cñéndose a un tipo de escritos y a un estilo que se ajustaban a su psicología y personalidad. Formado en el estudio del Derecho, no se quedó en la mera letra de códigos y leyes. Su inclinación era manifiesta hacia lo filosófico-social. La filosofía, como base necesaria de principios. Y éstos llevados al campo de lo social —en su más amplia acepción—, en el cual se desempeñaba su pluma a menudo y con predilección, en temas nobles y siempre actuales, que sabía tratar con seriedad, a la vez que con amenidad y elegancia.

Dentro de aquella tendencia, abordaba —sobre todo— temas de pensamiento general, pero concretamente, yendo siempre al grano. Ni rehuía lo menudo, lo corriente y episódico de la vida, antes lo tomaba muy en cuenta; pero eso, que más que temas eran casos, él los sabía elevar siempre al nivel de las consideraciones de pensamiento y enseñanza universales.

Es cierto que en el rico patrimonio escrito que nos legó encontramos al prosista múltiple, con páginas de todo género: del oratorio, en excelentes discursos y eruditas conferencias; abundan los enjundiosos escritos y libros del género histórico; sus biografías de varones sobresalientes son lectura selecta; ensayos sobre muy diversos asuntos; artículos periodísticos, en labor regular de columnista; páginas de autobiografía; una novela y, en fin, un epistolario dilatado y denso que el día que se compilare acrecerá no poco el total de su generosa contribución a nuestras letras.

Empero, si examinamos bien tantos

escritos, de tan diversos géneros literarios, hallaremos que en todos ellos nuestro escritor despliega un estilo y adopta un tono de prosa que se le fue haciendo peculiar, espontáneo y constante, aun en las más disímiles páginas; es el tono propio de un expositor o intérprete que escribe o habla con indisimulable intención didascálica. Diríamos que es una forma como de monodialogo, con la que el autor quiere siempre comunicar, contagiar, una enseñanza.

Briceño-Iragorry, sin pretenderlo, sin alardear de ello, es siempre, en cuanto escribe, un auténtico maestro. No es filósofo ni sociólogo que expone un sistema o desarrolla tesis meramente conceptuales. Sino propone y comenta concretamente las ideas y los hechos con una finalidad práctica educativa. Que esto sea cosa bastante clara en el caso de algunos ensayos, tales como *Tapices de Historia* o *El Caballo de Ledesma*, no necesitaría probarse, dada la índole propia de dichos escritos.

Pero ¿qué otra cosa son sus magníficas biografías, como la de Casa León, la de Heredia, la de Peñalver, etc., sino tratados intuitivos que van derechamente y ante todo a inculcar una enseñanza? ¿No parecen decirnoslo así hasta los mismos subtítulos que expresa, pero tal vez subconscientemente, puso el autor a esas obras? En la de Casa León todo lleva como en movimiento centrípeta e inmisericorde a poner de relieve la vil grandeza de quien juega, con su maldad, el triste papel de contraparte del heroísmo: el anti-héroe. Lección tremenda que quiere ser un alerta ante las trágicas desviaciones a que lleva un malentendido o un egoísta concepto del civismo.

En la biografía de Heredia, el subtítulo es más sugeridor aún, pero de signo muy diverso: la piedad heroica, frase que encierra —como en compendio— la emocionante lección de quien cumple con fidelidad su deber, hasta el sacrificio heroico, sin mancillar en un punto no ya la fría justicia legal, pero ni siquiera los sagrados derechos de la dignidad del ser humano.

Parte importante de su asidua colaboración en diversos diarios la compiló luego Briceño-Iragorry en libros tan gratos como, por ejemplo, *Alegría de la tierra* y *El hijo de Agar*. ¿Y qué eran, en verdad, aquellos artículos, en su tono e intención, sino como el aparecer regular del maestro que, acodado a una sencilla mesa —mesa de papel que es el diario—, dicta su clase en práctico y actual comentario sobre puntos de doctrina cívico-social o política que es necesario inculcar y difundir?

Y los que tuvimos el agrado de intercambiar cartas con este maestro, ¿no recordamos bien que ese género epistolar era para él una ocasión más para conversarnos cordial pero seriamente sobre ideas nobles y de interés colectivo? Ahí,

en esas cartas, se hacía presente, desde la distancia, y consecuente consigo mismo, el maestro de siempre, de toda ocasión y escrito, dictando su enseñanza.

Toda la obra de su pluma, pues, fue de escritor-maestro. No importa el género en que por su contenido o por la particular forma externa pueda clasificarse: oratorio, histórico, periodístico, epistolar; porque todo ello, en su esencia, en su finalidad íntima, y aun en el tono de su redacción, es manifiesta y comunicativa prosa didáctica; mas no ciertamente de un didactismo rutinario de maestro otoñal, que simplemente repite conceptos porque sí, porque tal es su acostumbrado deber, sino de un maestro apóstol que cada día y en cada página que daba a las prensas reflejaba la misma ilusión y voluntad de quien cada vez anhela, y con igual empeño, hacer el bien, despertar una reflexión o un entusiasmo, o lanzar un destello cuando en rededor veía que para muchos reinaba gran oscuridad. ¡Cómo recordámos, quienes fuimos niños hace muchos años, cuando todavía en callejuelas de nuestra parroquia, iluminadas con faroles de querosén, ya oscureciendo, llegaba, escalera al hombro, el farolero y, trepado a lo alto del poste, encendía la mecha, y al hacerse la luz, el grupo de chiquillos expectantes exclamábamos alborozados, a una: ¡aaah!, y el farolero, contento de habernos dado luz, desde lo alto, con una gran sonrisa, parecía agradecernos la grata acogida que dábamos a su trabajo! Algo de esa sonrisa, o más, tenía la que el maestro Briceño-Iragorry nos regalaba cuando, luego de sus lecciones, de sus escritos, de su luz, nos oía a muchos decirle: "¡aaah!, Don Mario, qué bueno ese artículo de esta mañana!"

Y andando los años y el diario que hacer de su pluma, fue haciendo cada vez más el centro de su magisterio escrito los principios universales de la más sana política y sociología, hijas legítimas del Derecho natural. La libertad, la justicia, la paz y confraternidad en el amor cristiano, la honradez ciudadana, etc., eran temas muy caros a su gran espíritu, que tantas veces hubo de estremecerse al ver cómo tan sagrados principios eran atropellados en nuestros días. Bien podían algunas personas apodarlo de idealista. Eso confirmaba su clara postura de maestro. Pues todos los verdaderos maestros que en el mundo han sido debieron más de una vez escuchar ese mismo reproche de idealistas que serenos aceptaban como la mejor loa.

Y la enseñanza de aquellos ideales la hacía él no en vagas consideraciones de diletante, sino pisando tierra —como decimos— en objetiva adecuación con la realidad, con los hechos y actitudes que avizoramente observaba en nuestro ambiente nacional y en el del mundo. Porque él sentía la Patria en todo y en cada momento. La sentía tan suya como para

sentirla por todos los demás, por todos sus hermanos venezolanos, y ayudarlos a que ellos la sintieran. No fue un patrioterlo oportunista que hiciera pirotecnia verbal con sus escritos. Ninguna frase suya podría jamás tomarse como muletilla para fines utilitarios o personalistas, solapados de civismo o de patriotismo.

Y una de las lecciones más celosamente inculcadas —costárale ello reticencias o desvíos de quienes pensaban de otro modo— era precisamente aquella en que nos llevaba, por consideraciones tan diversas como estupendas, a la raíz y esencia de la Patria, de la nacionalidad; a nuestro origen como nación; de dónde venimos; cómo llegamos un día a hacernos alguien; por dónde anduvieron y qué lecciones, en el ejemplo, nos legaron nuestros mayores en Patria; en una palabra, a la que él —como intelectual— nunca tuvo miedo: cuál es nuestra tradición. Porque es claro que nunca el río, por mucho que crezca y cambie su faz, niega el manantial de donde arranca y depende su existencia. No era aquello una postura de retrógrado. ¡Para eso estaba mente tan despierta y tan al día como la de Don Mario! Su sentido de la tradición, repetidamente explicado por él, a donde iba era a enseñar el apego a todo lo que, siendo nuestro y bueno, no había por qué tirarlo por la borda, para a cambio de ello quedarnos gradual e insensiblemente despersonalizados, y a la postre reducidos a meros colonos supeditados a lo que, sin más ventajas que acaso algunas de mero orden material, vendría a hipotecarnos el tesoro inalienable de nuestra independencia y libertad de acción, de economía y aun de espíritu.

Nos parece que en más de un punto su magisterio de escritor tiene acentuados rasgos de semejanza —salvados tiempo y circunstancias— con el de dos escritores ejemplares y de análoga línea de acción: nuestro Cecilio Acosta y el maestro José Martí.

Creímos necesario detenernos en todas las antecedentes consideraciones porque ellas nos ayudan a apreciar y valorar al escritor, al prosista Briceño-Iragorry y el estilo de sus escritos. Esa postura tan connatural y habitual de escritor-maestro que le hemos señalado, y el ambiente general en que expone los diversos temas de su escogencia, nos parece que determinan —hasta cierto punto— las características de aquel estilo tan suyo, tan regular, de su rica y expresiva prosa castellana. Por temperamento, y por la intención que le guiaba, para él escribir era cosa muy seria; era un deber y un magisterio, ya lo hemos dicho. De ahí que también su estilo y su lenguaje tuviesen siempre toda posible dignidad y una rigurosa corrección idiomática. No cayó jamás en la ligereza de creer que al lenguaje se le puede tratar

sin consideración, como a mal venga; y que para escribir basta con decir las cosas como se quiera, sin la disciplina previa del estudio para la exactitud y expresión propia del idioma. Tal respeto a la índole propia de la lengua no era en él fanatismo ni gazmoñería. Y nunca dejó de decir las cosas que quiso y a su manera, porque su conocimiento del lenguaje, lejos de serle un óbice, le daba la más segura y estimulante libertad. Y por eso, cuantas veces le fue necesario, no temió crear neologismos de perfecta formación lingüística, como, por ejemplo: *proximidad*, *claridecer*, *magistraticio*, *crispático* y otros muchos cuya lista completa merecería recogerse.

Habíase nutrido bien con la lectura y estudio de los mejores clásicos de nuestra lengua. Por eso la frase le corre con facilidad y tersura de muy castizo sabor. Su lenguaje es generoso y de sonoridad casi oratoria, que en momentos se diría que bordea lo ampuloso. Es porque el escritor se desdobra en él irreprimiblemente en el maestro, de que antes hablamos, que, puesto a su tarea, el verbo se le enardece y la voz interna se le entona, no tanto en discurso, sino en exhortación vehemente y persuasora.

De ahí también que tan a menudo y fácilmente su lenguaje sea tropológico; a veces, en párrafo continuado, las figuras se suceden en variadísima y bien hilada progresión. Sin buscar preciosismos estilísticos, logra verdadera creación estética y acierta en el empleo de la adjetivación sugestiva. Mas, preguntamos: y ¿qué es el lenguaje figurado cuando fluye, como en éste de su pluma, tan espontáneo, sin rebuscamientos artificiosos, sino uno de los medios más usuales de que se valen los maestros para transmitir sus enseñanzas y facilitar la mejor comprensión?

Y asimismo, si nos llama también la atención el empleo nada mezquino y muy natural que le vemos hacer de epítetos y adjetivos, que hacen tan frondosa, pero no vacía, su frase, ¿no será también porque así busca llamar más la atención y fijarla mediante la caracterización, en forma variada y expresiva, del vocablo esencial de la frase? No diríamos que en cada caso de éstos nuestro autor ha procedido así con expresa reflexión didáctica; pero sí que el hábito lo tenía bien formado, pues precisamente en los escritos de su mayor madurez es donde mejor podemos observar este aspecto singular de su estilo.

Así llevó a cabo Briceño-Iragorry su larga y densa labor de prosista y de maestro. Así enriqueció nuestras letras y nuestra cultura con libros que son destellos permanentes de su gran espíritu; y que al correr de los años seguirán dictando, en agradable prosa castellana, las excelentes enseñanzas de quien fue nuestro querido consocio de Número de la Academia Venezolana de la Lengua.